

El ojo del amo y sus fallas

Philippe Dubois

Arkadin (N.º 6), pp. 23-25, agosto 2017. ISSN 2525-085X

<http://papelcosido.fba.unlp.edu.ar/arkadin>

Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de La Plata

Post Scriptum

EL OJO DEL AMO Y SUS FALLAS

PHILIPPE DUBOIS

phdubois3@yahoo.fr

Université Paris III/Sorbonne Nouvelle. Francia

Traducción de Malena Di Bastiano

malena.dibastiano@gmail.com

Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Revisión técnica de Eduardo A. Russo

earusso@fba.unlp.edu.ar

Facultad de Bellas Artes, Universidad Nacional de La Plata. Argentina

Recibido: 05/02/2017 | Aceptado: 10/05/2017

RESUMEN

Este breve texto opera como comentario y ampliación de «La mirada ciega. En torno a Fritz Lang». El autor desarrolla algunas implicaciones de la función de la mirada del cineasta, el lugar de la visión y la voluntad de poder en la trilogía de Mabuse, de Fritz Lang.

PALABRAS CLAVE

Cine; vigilancia; control; mirada; poder.



Esta obra está bajo una
Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercialSinDerivar
4.0 Internacional

Se ha hecho de Fritz Lang el director por excelencia del dominio. El hombre que observa, escruta, administra, dirige, controla –aterroriza a veces, manipula siempre– su mundo, sus actores (y actrices), sus productores, sus guionistas, y desde ya también a sus espectadores. Una suerte de *deus in machina* todopoderoso, si no despótico, que no deja nada librado al azar.

Es por eso que se ha visto en su *Mabuse* (que pondrá en escena en tres apariciones –siempre alemanas– a lo largo de su carrera: en 1922, en el corazón del cine mudo, en 1932, al comienzo del cine parlante y en 1960, en la era de la televisión y en su última obra) una figura heroica del director en sí mismo. Una suerte de doble que reinterpretará en la ficción del Mal (del crimen organizado) el lugar de Maestro de Escena en la realidad del cine. Sin embargo, es bueno observarlo, este amo será atravesado por una falla que proviene de su propia potencia.



Figura 1. Fritz Lang

Lo que caracteriza a los tres *Mabuse* de Lang es, en efecto, que la cuestión del Poder (el control «total» como medida del dominio) es confrontada sin cesar con la de la Potencia (el exceso de dominio ejerciendo efectos inconmensurables de fuerzas desestructurantes. Y este juego (Poder vs. Potencia) se da a través de dos operadores permanentemente imbricados: el cuerpo y la tecnología. ¿De dónde proviene el poder de control de *Mabuse*? En la versión muda (*Dr. Mabuse, el jugador*) es literalmente de su ojo, es decir, de su poder hipnótico. *Mabuse* toma, por hipnosis, poder sobre las conciencias (las referencias a Freud, cuyo libro sobre este tema se había publicado poco tiempo antes, son numerosas) y el cine, arte de la imagen y el relato, es pensado según el mismo modelo (no hay más que analizar las tres escenas de hipnosis del film en términos de la posición de cámara en relación a las miradas de los protagonistas y en términos de montaje subjetivo alucinatorio). En la versión de 1932 (*El testamento del Dr. Mabuse*) es gracias al sonido que se ejerce esta facultad de manipulación y de control: no es más el ojo el que opera, sino que es la oreja atrapada por la tecnología de registros sonoros diferidos. Y en 1960 (*El diabólico Dr. Mabuse*) es el ojo de nuevo, pero un ojo sin rostro, tecnologizado: el ojo electrónico de la videovigilancia.

Un ojo desmultiplicado que está y que ve en todas partes al mismo tiempo (lo que favorece la ubicuidad endémica de la figura mabusiana). El ojo de la potencia total aparente, encarnado en la dirección de video control que se encuentra en el subsuelo del hotel Luxor pero que se despliega a su vez en la figura emblemática de Cornelius el (falso) vidente ciego y del espejo unidireccional que permite, además de ello, ver sin ser visto.

Es de este exceso de potencia del que surgirá, precisamente, la pérdida de control: a fuerza de ver todo, todo el tiempo, y de ver el ver en el mismo curso de ver, es lo visible lo que se hurta, lo que deja de ser pertinente. Y el montaje no puede ya recuperar las trampas que abre la imagen. La mano es más fuerte que el ojo. En un juego de engaños que se vuelve vertiginoso, la máquina óptica enloquece y el mundo desaparece. Es esto lo que termina filmando Fritz Lang. Su puesta en escena, como un trompo, se abisma en sus propias fallas. Ya Nietzsche lo había enunciado extensamente: así es la voluntad de poder.